
PRÓLOGO.

En los tiempos modernos, en que la palabra decide las discusiones y las discusiones son árbitras del poder, el estudio de la elocuencia es una necesidad para cuantos se dedican á las tareas del foro, y más principalmente á las luchas agitadas de la tribuna.

Pero ¿dónde puede hacerse con provecho el verdadero aprendizaje de la elocuencia, sino en los grandes modelos que nos ha trasmitido la antigüedad? ¿Y cuál, entre ellos, puede aventajarse á Demóstenes? Este célebre ateniense, considerado por antiguos y modernos como el más elocuente orador que se ha conocido; considerado por el mismo Ciceron, no como el más perfecto que puede imaginarse, pero sí como el que más se acerca á la realizacion de su ideal, es un maestro que ofrece, en sus obras inmortales, lecciones de elocuencia al mismo tiempo que del más puro y acendrado patriotismo.

Luchando siempre, unas veces contra sus tutores que querian arrebatarle su patrimonio; otras contra

la naturaleza que le habia privado de todas las facultades físicas indispensables al orador; más tarde, cuando tomó parte en los negocios públicos, contra los enemigos interiores de su patria, y sobre todo contra el espíritu apático y envilecido del pueblo ateniense, y contra el génio guerrero y conquistador de Filipo, nos ofrece el espectáculo, no de un héroe que inmola su vida por su deber en un momento de entusiasmo, sino de un patriota incorruptible y perseverante que levanta la bandera de la justicia y de la independencia nacional, y abrazándose á ella, sacrifica su reposo, gasta su fortuna, compromete su cabeza y su reputacion en el noble intento de salvarla, consiguiendo al menos retardar una caída que estaba decretada por el destino. La historia presenta pocas figuras tan simpáticas como la de Demóstenes: tiene su vida algunos actos reprobables ó dudosos; pero desaparecen ante el brillo de sus eminentes virtudes cívicas, y ante la fama que alcanzó como orador, que fué para su patria un título de gloria.

La Grecia habia producido muchos grandes varones. Aun no haciendo mencion de los que florecieron en las artes de la guerra, la poesía, las leyes, la historia, la filosofía y las artes nobles, fueron cultivadas con un éxito que no alcanzaron las edades siguientes, y que en parte envidian todavía los siglos modernos. Pero entre los monumentos que Atenas legaba á la posteridad, faltaba uno que hiciese impeceder su tribuna; este se debió á Demóstenes. Nadie crea que la distancia de más de veinte siglos que nos separa del tiempo en que vivió, hace infecundo el estudio de sus obras. No cometería mayor

locura el poeta que despreciase á Homero, ó el escultor que, teniendo á su vista una estatua de Fidias, le volviese la espalda desdeñoso de contemplarla. Hablaba por la patria, la justicia y la libertad; ¿y cuándo la patria, la justicia y la libertad no serán bienes indispensables para los pueblos, y amados con entusiasmo por los hombres?

Como fuente histórica, en todas sus oraciones se encuentran noticias interesantes y curiosas sobre las costumbres, las leyes, el espíritu de la época, y el estado de los partidos en Atenas; sobre las relaciones de los pueblos de la Grecia entre sí y con el Monarca macedonio, y sobre la política seguida por este y por las Repúblicas griegas, en la prolongada lucha que sostuvieron hasta la batalla de Queronea y la destruccion de Tebas.

Y bajo el punto de vista esencialmente literario y artístico, ¿habrá alguien en nuestra patria, sin escluir á los hombres que gozan reputacion de eminentes oradores, que no pueda aprender mucho en las Filípicas y en los discursos por la Embajada y la Corona? Para comprender toda la seguridad con que hacemos esta pregunta, es necesario haber leído con avidez, ó presenciado atentamente las sesiones de nuestras Córtes, y haber buscado despues en Demóstenes las diferencias que lo separan de nuestros oradores parlamentarios.

Es cierto que hay algunos que hablan con pureza la lengua castellana, y que ordenan sus pensamientos con método y claridad, mereciendo el título de buenos pensadores y hablistas; es igualmente cierto que otros tienen una locucion rápida y armo-

niosa, y una brillantez de formas que puede fascinar á los oyentes con sus resplandores, sin abrasarlos con su fuego; pero todos ellos carecen de ese conjunto extraordinario de facultades del entendimiento, de la imaginacion y del cuerpo, indispensable para apoderarse de un auditorio y grabar en su ánimo, con profundos caractéres, una opinion determinada. No es estraño verlos fatigados en prolijos discursos, que por su misma extension no pueden ser buenos para el ataque ni para la defensa, ó verlos estraviarse en digresiones y perder el norte de su camino, como un viajero entre la espesura de una selva que solo ha visto desde lejos; porque suben á la tribuna sin tiempo para meditar, ó ignorando las fuerzas de la meditacion, y hasta sin haber educado su voz, su ademan y su gesto con asíduos ejercicios, ni haber impreso á sus ideas una forma que las preste energía y belleza, fruto tambien de trabajos anteriores. Un arte como el de la palabra, que Ciceron cultivó siempre, porque nunca creyó poseerlo suficientemente, y que Demóstenes solo pudo alcanzar con la perseverancia más infatigable, no es estraño que falte á los que apenas han intentado adquirirlo.

Cuando tan imperfectos modelos contiene el repertorio de nuestros contemporáneos, creemos que los discursos de Demóstenes, aun mal traducidos, podrán ser útiles á cuantos quieran conocer la verdadera elocuencia, y especialmente á los jóvenes que abriguen la noble aspiracion de poseerla. No hay en estos discursos profusion de figuras de palabra, y antes al contrario, el orador parece desdeñarse de usar estas armas lujosas, que no sirven para el com-

bate. En las pocas comparaciones que emplea, busca la fuerza y claridad mas bien que el adorno del discurso, y en las demas figuras de pensamiento sigue la misma marcha. Sus formas, dice La Harpe, son simples, y algunas veces familiares; pero tienen esa familiaridad decente y en cierto modo elevada, que con la precision, la pureza y la rapidez de la diction, componian lo que los antiguos llamaban aticismo. El mismo Demóstenes menosprecia, en su discurso por la Corona, la escesiva pulcritud en la eleccion de las palabras, y sin embargo, se sabe que limaba su lenguaje, hasta dejarle limpio y correcto completamente, y que escribia sus arengas con anticipacion y las confiaba á la memoria, de lo cual tomaron pretesto sus enemigos para decir que olian *al aceite de la lámpara*.

Pero el mérito de su lenguaje no puede ser conocido ni utilizado por los que estudian una traduccion, sin duda imperfecta. De su estilo puede asegurarse que debe la fuerza á la concision, y tambien al orden de los razonamientos. En estos es admirable Demóstenes, y superior á toda alabanza. Dá principio á su discurso, y desde el exordio comienza á remover obstáculos; sigue descargando golpes incesantes en la razon de su auditorio; la estrecha, la acosa, la persigue hasta sus últimas trincheras; la sujeta con los nudos inquebrantables de su lógica, y le arranca el asentimiento despues de haber hecho que el error se declare en derrota. Para persuadir, para apoderarse del corazon, se vale de todas las pasiones en que puede hallar influjo sobre la voluntad. Se trata, por ejemplo, de conceder algun socorro?

La conveniencia ó el cumplimiento de los tratados, irán seguidos de la gratitud, del orgullo, de la generosidad, del odio á los enemigos, del amor á la gloria, del respeto á la justicia, y de cuanto pueda agitarse en el pecho de sus oyentes. ¿Se trata de combatir á Filipo? Muestra la urgencia de emprender las hostilidades y los medios de proseguirlas con fruto, y en seguida, con acentos inspirados por el patriotismo, pone á los atenienses en la alternativa de elegir entre la deshonra y la gloria, entre las cadenas de la esclavitud y los laureles del triunfo. ¿Lucha contra Esquines en combate singular? Entonces relaciona su causa á la causa de la patria; identifica los sentimientos del auditorio con los suyos; lo irrita contra su adversario; presenta á este en pugna abierta con la razon y la justicia; lo despoja de las apariencias que cubrian sus maldades, y en una completa y vergonzosa desnudez, lo arroja como una presa á sus oyentes, despues de haberle reducido al silencio y arrancádole así su propia condenacion. Siempre que habla se olvida de sí mismo, hasta el punto de desafiar el enojo del auditorio con severas reconvenciones: jamás orador alguno ha tenido tanta audacia para censurar á sus jueces. No hace nada por agradar, ni por obtener los aplausos de la multitud; pero no omite ningun esfuerzo por convencer y persuadir.

Nosotros presentamos en esta traduccion todos sus discursos principales, de los pertenecientes al género deliberativo, que son los que le han inmortalizado. Las Filípicas son otras tantas batallas libradas contra el enemigo comun de la Grecia, las

• cuales han inspirado á nuestro inimitable Espronceda la idea de referirse á Demóstenes, diciendo que se lo figuraba en su fantasía,

. la bandera
 Contra el tirano macedonio alzando
 Y al espantado pueblo arrebatando.

El discurso que pronunció en el proceso por la Embajada, participa del género deliberativo y judicial, y aunque apenas mencionado por algunos críticos, puede sostener ventajosamente, segun una opinion respetable, el paralelo con sus demas discursos políticos. El mismo escritor á quien nos referimos, añade, que acaso es el discurso donde desenvuelve con mayor éxito el arte que le era propio, de triunfar de la aridez natural del asunto, y de convertir en un grupo luminoso de pruebas las presunciones inciertas ó poco concluyentes.

La arenga por la Corona es la obra maestra del orador ateniense, el mayor monumento de elocuencia que existe. De ella decimos lo mismo que Demóstenes dice en uno de los periodos de este magnífico discurso, hablando de los hechos gloriosos de los antiguos griegos: «¡Todo elogio es pequeño para tanta grandeza!» Para completar este volúmen, hemos añadido dos de las cartas que escribió al Pueblo desde su destierro pidiendo la vuelta á la patria.

Hemos seguido en este trabajo la sexta edicion francesa de J. F. Estievenart, decano de la facultad de Letras de Dijon, comparando su texto con el de otros críticos, por lo menos en los pasajes principales y en cuanto lo han permitido los pocos libros que

manejamos, y conservando algunas veces sus notas, y el todo ó parte de sus introducciones. Para terminar este prólogo nos falta manifestar que no creemos exenta de defectos esta traduccion; pero que al ver las obras de Demóstenes vertidas á casi todos los idiomas europeos; al ver que la Francia tiene veintidos traducciones, más ó menos completas, pero diferentes; y al ver, en fin, que en nuestra lengua solo podíamos leer la oracion por la Corona, de la cual están tan escasos los ejemplares, que ni en la misma Biblioteca Nacional se encuentran; al ver todo esto, repetimos, no pudimos resistir al deseo de dar al público una traduccion que podrá servir, por lo menos, hasta que otra mejor se publique.

A. RODA.

ORACIONES ESCOGIDAS DE DEMÓSTENES.

PRIMERA FILÍPICA.

Introduccion.

Rechazado Filipo cuando quiso apoderarse del paso de las Termópilas, Atenas dió gracias á los dioses como si hubiese ganado una gran victoria. Sin embargo, un resto de temor parecia disponer á unos ciudadanos á la desconfianza y á otros al desaliento. Demóstenes, que desde la primera tentativa del conquistador habia adivinado el objeto de sus aspiraciones, corrió entonces á la tribuna.

Muchas proposiciones se habian presentado, pero ninguna le satisfacía. Conoce que en aquella situacion se prometerá mucho y se ejecutará poco. Pide solo lo que cree poder obtener, y reclama ante todo el armamento de los ciudadanos, cosa que la indolencia de los atenienses elude sin cesar.

Tres proposiciones principales abraza el conjunto de este vivo y rápido discurso:

- 1.^a Los atenienses pueden vencer á Filipo.
- 2.^a ¿Cómo pueden vencerlo? Detalle de los medios y de todos los preparativos necesarios.
- 3.^a Deben intentar esta empresa: proposicion hábilmente fundada en las dos primeras.

Discurso.

Si se hubiese anunciado la discusion de un asunto nuevo, ¡oh atenienses! aguardaría que muchos de los oradores que frecuentan esta tribuna hubiesen hablado, para guardar silencio si aprobaba alguno de sus dictámenes, é